

Orgullosos de lo que hicimos

Revista Idelcoop N° 115, año 1998

FLOREAL GORINI¹

La cooperación no es otra forma más de organizar la actividad empresaria dentro del sistema capitalista, no es la sociedad anónima de los pobres. Si bien muchos lo piensan así, lo desarrollan así, han creado instituciones que se llaman cooperativas, cumplen con la legislación, con las formalidades normativas y legales pero, en lo esencial, nada tienen que ver con la cooperación. Muchas de ellas, y casi todas con el transcurso del tiempo, terminan mal. Ahí podríamos decir, como en el tango, “vos rodaste por tu culpa, y no fue inocentemente”. Muchos de esos bancos cooperativos, con grandes despliegues de actividades culturales, de tipo comercial, no tenían más que la pantalla, pero nunca en su actividad social y cultural profundizaron, desarrollaron los principios y los valores esenciales de la cooperación.

La cooperación es una propuesta de otra forma de organizar la sociedad humana, no una empresa. El elemento aglutinante de cualquier sociedad humana debe ser la solidaridad, no se puede vivir en sociedad si no se es solidario, si los principios solidarios no están vigentes en la constitución de esa sociedad. Debe ser democrática, debe ser participativa, debe ser justa. Se trata de darle a cada uno lo que le corresponde por su necesidad y por su esfuerzo para con la sociedad. Debemos entender la economía como una actividad de servicio solidario y no de lucro, de explotación, de competencia o de agresividad de mercado.

¹ En ese momento se desempeñaba como presidente del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos.

La cooperación es una doctrina social que tiende a transformar esta sociedad injusta, desigual e inhumana en una sociedad fundamentalmente humanista, donde el hombre y la naturaleza sean los valores esenciales que deben ser respetados y por los cuales debemos organizarnos y trabajar, para que los hombres se desarrollen cada vez más y para que la naturaleza esté cada vez en mejores condiciones de ser el hábitat adecuado para el hombre.

Así lo entendieron sus fundadores, aquellos socialistas utópicos que vieron en la cooperación la forma de organizar esa sociedad que ellos soñaban. Así lo entendieron los pioneros de Rochdale, versión moderna de aquel pensamiento. Así lo entendió Charles Gide, uno de los principales difusores de la doctrina cooperativa. Así lo entendió Juan B. Justo, que le dio formas orgánicas en nuestro país. Así lo entendió Amero Rusconi, que dejó los mejores años de su vida en la lucha por la cooperación, por afirmar la actividad cooperativa con este contenido. Y así lo entendió el

La cooperación es una propuesta de otra forma de organizar la sociedad humana, no una empresa. El elemento aglutinante de cualquier sociedad humana debe ser la solidaridad, no se puede vivir en sociedad si no se es solidario.

Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos desde su declaración de principios. Por lo tanto, por ser este un ideal de transformación de la sociedad, necesita una base cultural. No se puede instalar la igualdad social donde existen principios de discriminación, de xenofobia: "Que no vengan los del otro país a trabajar aquí porque el poco trabajo es para nosotros". No es sano que aquellos que son diferentes en algo a uno sean discriminados.

PROPAGAR PRINCIPIOS Y VALORES

En una sociedad donde se sustentan estos principios, no puede desarrollarse la cooperación y ningún ideal se puede realizar si no tiene la base cultural que lo sustente. Este ha sido el quiebre de muchos estados que tenían principios doctrinarios de igualdad, de justicia social, de fraternidad, pero que no fueron sustentados ni siquiera, o principalmente, por aquellos que debían conducirlos. Por esto, hablamos de estas cooperativas que claudicaron, que cayeron; muchas de ellas, evidentemente, fueron víctimas de este proceso de concentración que las va limitando, las va encerrando. Ese fue el caso de muchos bancos adheridos al Instituto, o de El Hogar Obrero, verdaderas entidades cooperativas que sufrieron la presión de este proceso de concentración tan tremendo que estamos viviendo en los últimos años. Pero otras eran parte del sistema y ya tenían en su seno esos principios autodestructivos. Por ello, el Instituto, en el entendido de que la cultura es la base para la posibilidad de desarrollo de cualquier proceso de transformación y después de llevar quince años de actividad, de permanente lucha por subsistir, funda el periódico *Acción* para transmitir la palabra, el pensamiento, las ideas, la visión de la cooperación sobre toda la actividad de la sociedad y no solo para ser el *house organ* de las cooperativas.

Basado en esto, entonces, decidió crear Idel-

coop, que tendría como tarea fundamental, como principal objetivo, trabajar dentro de la sociedad argentina para difundir, enseñar, propagar los principios y los valores de la cooperación. Sin este sustento, es imposible crear entidades cooperativas. Lo hizo en el año 1973, un año de triunfo para la cooperación, especialmente para el cooperativismo de crédito, después de haber recibido el tremendo golpe de la dictadura que fue el preludio de lo que iba a ser la del 76, la dictadura de diez años antes. El Onganiato, como se dio en llamar, atacó la expresión de la cultura en su embestida contra la universidad y acometió contra la economía solidaria con su ofensiva contra las cajas de crédito cooperativas. Tuvimos que soportar un embate que fue resistido, primero, y rechazado, después. En el avance en el 73, logramos recomponer la actividad del cooperativismo de crédito, la función de esas cajas, con su *clearing*, con toda su actividad.

El onganiato atacó la expresión de la cultura en su embestida contra la universidad y acometió contra la economía solidaria con su ofensiva contra las cajas de crédito cooperativas.

Pero esto no se daba en forma aislada, fue en el marco de una sociedad que se reencontraba con sus mejores valores: la participación, la democracia. En ese proceso, en ese marco histórico, es cuando el Instituto decide entrar en la batalla que se daba en esos días, pero con un predominio del interés por lo social, por lo humano, por la justicia. Y así empezó su actividad Idelcoop. Pero lo mismo que pasó en toda nuestra América, sucedió en el país. Volvieron los golpes militares, volvió a agudizarse la política concentradora e Idelcoop tuvo que salir, no solo a propagandear,

a difundir, sino a defender la existencia de la cooperación, la existencia de las entidades cooperativas. Y en esa lucha, llegamos hoy, veinticinco años después, a otro marco político-social. Es un marco donde las ideas de la solidaridad, de la justicia social, de la democracia participativa, en una palabra, del humanismo, han sido derrotadas. Han sido derrotadas por el poder económico tremendo de la concentración capitalista.

LA DERROTA CULTURAL

A los que damos charlas, habitualmente se nos atrasa la información. Hasta hace dos meses, decíamos que 358 personas tenían el ingreso equivalente a 2.500 millones de habitantes del planeta. Hoy, ese número ha pasado a ser 255. Sí. El 47% de los habitantes tiene el ingreso equivalente al de 255 personas. La concentración es atroz, lo vemos en todos los aspectos de nuestra vida económica y eso se traslada a lo social, a la educación, a la intelectualidad del pensamiento único. Se dice que ya todo terminó, que ya se instaló lo que debía instalarse, han dicho su verdad, acá está, esta sociedad es imbatible, esto es irreversible, hay que adecuarse, hay que ser pragmático. El pragmatismo es la claudicación de los presuntos idealistas, de los que no creen en la utopía, de los que no creen que la evolución es permanente, aunque esto se pueda expresar en procesos históricos con avances y retrocesos. Hoy reconocemos que las causas de esta derrota han sido fundamentalmente culturales.

Ustedes pueden hacer paralelismos entre grandes estados socialistas y pequeñas cooperativas; ambas se burocrataron. Sociedades que abandonaron la cultura, dejaron de creer en el hombre y en la necesidad de que el hombre crea en los principios en los cuales se basa la sociedad que lo organiza. Creyeron que era suficiente con la eficiencia del servicio y ahí perdieron la batalla, porque

más eficientes en el servicio son los que no tienen preocupación por la justa distribución y acumulan en forma ampliada, los que están en condiciones de una reproducción mucho más fuerte y que, carentes de principios humanistas, pueden hacer de la explotación, de la segregación, de la discriminación, valores totalmente aceptables. Hasta pueden tener filósofos que hacen un elogio del egoísmo.

Hay que tener convicción de que solo trabajando en el campo cultural podemos generar la base necesaria para la transformación de la sociedad.

Entonces, si fue importante fundar Idelcoop hace 25 años, hoy es mucho más importante sostenerlo, porque todos, creo, estamos convencidos de que, si no damos la batalla en la sociedad, una sociedad donde se alientan el consumismo, el individualismo, el egoísmo como motor del desarrollo, donde se alienta la competencia de principios darwinianos por los cuales la selección natural es que los más fuertes progresan, entonces se van a multiplicar los Bill Gates que ganarán millones por hora. Y los que no están en condiciones de hacer eso no tienen ni razón ni derecho de pretender pertenecer a esta sociedad.

Para desterrar esa cultura, para desterrar esos pseudo-valores, hay que tener una fuerza, una constancia, una convicción de que solo trabajando en el campo cultural podemos generar la base necesaria para la transformación de la sociedad. Lo primero es la palabra. Palabra que debe llegar a toda la sociedad con el debate, con la participación, con el intercambio, pero generando una cultura que diga aquí lo esencial es el hombre y su hábitat, la naturaleza. Valores que debemos preservar, valores que deben estar siempre vigentes y que no pueden ser dañados ni en la más mínima expresión, ni en un niño que

acaba de nacer y que tiene una perspectiva de solo seis meses de vida, ni un pájaro, ni la rama de un árbol; debemos preservar esos valores. Y, para eso, debe estar instalado en la cultura del hombre que el hombre vea en el otro hombre al hermano y no el lobo, que vea al amigo, que vea la solidaridad.

Esta es la razón por la que hoy, 25 años después, desde el Instituto, venimos a decir: estamos orgullosos de lo que hicimos. En este momento es más difícil que hace 25 años, porque hoy la ola es opositora, la ola es contraria, tiene una gran fuerza, tiene el poder de la comunicación en sus manos, donde se ha concentrado también por medio

de la economía. Nosotros tenemos ámbitos reducidos, pero confiamos en que el valor en esta batalla está en la calidad de lo nuestro. El enemigo es más numeroso, pero tiene el germen de la corrupción en su propio seno; la corrupción es producto de esa sociedad, no es un elemento extraño que se le introduce. La corrupción que existe en la sociedad mundial hoy está fundada en los principios que esa sociedad cultiva. Pero no esperemos que se autodestruya a sí misma, porque esa situación llevará al fin de la humanidad; tenemos que recrear dentro de esa sociedad los auténticos valores humanos: la solidaridad, la justicia, la igualdad, la fraternidad.
